

No estoy muy segura de cuál es el primer recuerdo que tengo de mi abuela. Todo se confunde entre lo que creo que pasó y lo que mi cerebro cree recordar de fotografías oscuras y desenfocadas.

Si tuviera que adivinar, elegiría uno en el que estoy sentada sobre un áspero edredón de lana, jugando con pequeñas mandarinas y lamiendo gajos de la fruta que tan amablemente pelaba para mí.

Ella vivía muy lejos de donde nosotras lo hacemos. El recorrido duraba más de una hora, incluso en aquella época, a fines de los 80's, donde la ciudad no estaba tan atiborrada como ahora. La íbamos a ver cada fin de semana. De esos días tan sólo recuerdo unos globos con helio atados a mi muñeca y paseos en cajas de cartón, que eran jaladas por medio de un zacate viejo y destrenzado.

Las imágenes no comienzan a serme claras hasta que se mudó a nuestra casa. Nuestro departamento es pequeño y de sólo una recámara por lo que a ella se le acondicionó un semi cuarto en una esquina del comedor (antes de eso dormía en el amplísimo sillón gris frente a la ventana). Sus actividades diarias no iban mucho más allá de sus necesidades básicas. Creo que podría limitarlas a tres: sentarse frente al televisor, tejer y prepararse para la noche.

Me era fácil entender su fascinación hacia la tele. Muchas veces la acompañé mientras veía sus telenovelas y la escuchaba proferir insultos ante las villanas que nunca podrían escucharla. Ella parecía entretenerse tanto con esa caja que inspiró uno de mis juegos favoritos: el robarle el control remoto para cambiarle de canal a escondidas. Las primeras veces se sorprendía por los mágicos cambios de canal del aparato, seguramente descompuesto. Las siguientes ocasiones ella sabía bien lo que ocurría pero emitía frases como '¿y ahora?' y '¿qué pasa?', porque si a algo le gustaba hacer era seguirme el juego.

Su segunda actividad favorita (y que usualmente mezclaba con la primera) era la de mover sus agujas de tejer de atrás para adelante, confeccionando suéteres tras suéteres que tan sólo se diferenciaban en color y en el número de trenzas en la parte de enfrente. El movimiento de sus agujas me hipnotizaba y el ver desaparecer las madejas de estambre me parecía un acto de magia, pero lo que más me gustaba era el jugar con un pequeño cilindro de plástico rojo. Éste tenía tres dígitos que podían ser cambiados moviendo uno de los bordes blancos del cilindro. Ella me decía que era para contar las vueltas. Tardé muchos años en saber lo que eran las vueltas y aún hoy me sorprende que pudiera controlar su tejido con sólo ese pequeño recordatorio del número de puntadas que tenía que hacer. Aquel es un arte que he intentado emular varias veces pero nunca lo he conseguido, razón por la cual lo único que sale de mis manos son bufandas y cobertores pequeños, siempre con un extremo mucho más largo que el otro.

Su tercera actividad, suponía, no era una que le gustara mucho. Únicamente la hacía porque no tenía opción. Recuerdo que cuando el sol se ocultaba podía escuchar el seco sonido del cuchillo chocando contra la mesa del comedor, protegida por una servilleta que a su vez servía como platito para recoger los trozos de las pastillas que tenía que tomar antes de ir a dormir. Después venía la crema para las piernas, posteriormente protegidas por calcetines en invierno y en verano por pantimedias cortas y holgadas que llegaban apenas a la pantorrilla. Después, mucho más tarde y cuando se suponía que yo ya estaba en la cama, venían los rezos.

Tan sólo una vez tuve la oportunidad de escucharlos. Estaba jugando en el suelo de la habitación que compartía con mi madre, y de repente noté un murmullo que atravesaba el pasillo. Curiosa, entreabrí la puerta y fue cuando la escuché, pidiéndole a Dios no con cancioncitas aprendidas, sino con palabras personales y enternecedoras que cuidara de

todos sus hijos, que los guiara por el buen camino y que les diera una larga vida. Yo, quien siempre he rezado en voz baja, me sorprendí que los deseos de mi abuela fuesen tan fuertes que se le escapaban en susurros. Lloré en silencio mientras la escuchaba. Varias veces intenté repetir esa experiencia pero fallé. Probablemente el sueño siempre me vencía.

Mi abuela era una mujer grande, ancha y de movimientos muy lentos. Su piel era cobriza y manchada y disfrutaba de arrugar la piel de sus manos porque me divertía el cómo tardaba muchísimos segundos en regresar a su lugar. Su voz era temblorosa y rasposa, a veces aguda pero casi siempre sonando como un entonado siseo que solía acallarse en forma de gruñidos. Su ropa consistía en una delgadísima bata (el aparente uniforme de las señoras grandes), zapatos suavísimos y, a veces, suéteres de lana que odiaba tocar porque me picaban. La parte que más me gustaba de ella era su cabello, a mi parecer abundante y de un hermosísimo color blanco y brillante.

-“¿Cómo va a ser bonito?”- Me preguntaba cuando le halagaba sus onditas claras. -“Son canas. Estoy vieja.”

Eso no me importaba. Aún hoy me repito que cuando sea grande y tenga tantas canas como ella tenía, quisiera tener un cabello tan bonito como el suyo.

No recuerdo bien su aroma, sólo sé que era diferente a lo que yo consideraba normal. Olía a viejita, supongo. A eso que huele la ropa que dejaste guardada durante años y años en cajas escondidas en el fondo de los roperos. Cuando la abrazaba, me hundía en ese olorcito extraño y me perdía entre los pliegues de su abundante pecho y las lonjas que se le hacen a cualquiera con la edad y el descuido.

-“Ningún otro de mis nietos me abraza.”

Me dijo una vez.

Yo no contesté pero una chispita de resentimiento atravesó mi corazón. ¿Cómo mis primos se atrevían a abstenerse de sentir la suave tela de su batita y de descansar sus cabezas en sus huesudos pero gentiles hombros? Tal vez le tenían miedo. Mi madre siempre me ha dicho que la abuela tenía muy mal carácter. Yo salí a ella. Tal vez por eso me parecía frágil y delicada, digna de apapachos y besos. Ha sido mucho tiempo de eso y mis primos se han fortalecido y otros con aún más fuerza que yo han llegado. Si mi abuela hubiese estado más tiempo con nosotros, le hubieran tocado muchísimos abrazos más.

Acabo de decir que la veía frágil pero la verdad es que había momentos en los que no se veía así. No era en los que se enojaba, ni cuando murmuraba a lo bajo frases que indirectamente trataban de darme entender que era una niña demasiado consentida. Los momentos en los que la veía con mayor fortaleza y cuando más miedo me provocaba era cuando sonreía y era ella la que me hacía travesuras a mí. Movía mis juguetes de lugar, me contaba mentiras terroríficas para asustarme y obligarme a portarme bien y, lo peor: cuando me agarraba desprevenida de los pies, me quitaba los calcetines y me hacía cosquillas que me hacían perder el control.

Eran en esos momentos, con el aliento entrecortado y un dolor intenso en el estómago que alzaba mi cabeza sobre el sillón y la veía mostrándome sus amarillentos dientes cuando me decía sin palabras que no era tan delicada como yo a veces pensaba que era.

Sin embargo, creo que una vez le hice un daño del que nunca podré perdonarme. No es un daño muy grande. Es más, tal vez ella ni siquiera le dio importancia pero aquellas cosas es de las pocas de las que realmente me arrepiento.

Yo tenía un Nenuco de cuerpo de trapo, muy viejo y sucio. Su cabeza amenazó con caerse muchas veces. Tanto así que tuvieron que coserla y pegarla con cinta adhesiva. Mi

abuela quería más a ese muñeco que yo. Lo tomaba entre sus brazos y lo ponía a brincotear en sus piernas mientras tarareaba una canción inventada.

-“Este muñeco es como yo.”- Nos decía. -“Porque los dos estamos viejitos.”

-“Si te compro otro Nenuco,”- Un día se le ocurrió a mamá. -“¿Le regalarías ese a tu abuelita?”

Yo asentí inmediatamente, tan idealizada por la idea de un nuevo juguete que no pensé en las consecuencias de mi decisión.

El nuevo muñeco no tardó en llegar. Era mucho más lindo: con su vestidito blanco, su cabello enchinadito y la cara limpiecita. Venía con su biberón y sacaba burbujitas por la boca.

Pero yo no le regalé mi viejo muñeco a mi abuela y ni ella ni mi madre se atrevieron a quitármelo. De hecho, en estos momentos lo tengo en mis piernas. Muchísimo más viejo y gris y con unas mechas indomables que no podría aplacar ni con laca.

Quiero convencerme de que lo que hice no fue tan terrible: que fue un acto estúpido y egoísta como los que suelen cometer todos los niños. Aún así me duele. Yo la pude haber hecho muy feliz con cosas muy simples y no lo hice.

Mi madre repetiría esa frase muchísimas veces, sólo que no estaba dirigida a mí sino a ella misma. Me figuro que ella guarda muchos más remordimientos que yo.

-“Esta noche llega Santa.”- Le dije en una de nuestras Navidades. -“Cuando llega, ¿escuchas las campanas de sus renos?”

-“Claro que sí.”- Me contestaba. -“Aterrizan en la azotea y oigo sus pasos cuando tú ya estás dormida.”

Yo sonreía emocionada mientras me explicaba que no tenía por qué preocuparme de que no tuviéramos chimenea, que Santa tenía magia que usaba para entrar a la casa y dejarme todos mis regalos.

-“¿A ti nunca te dejó nada Santa?”- Le pregunté una vez, ignorante de que Santa no podía dejarle regalos a todos los niños del mundo.

-“No.”- Y se quedó pensando. -“Una vez llegaron los Reyes Magos. Era una muñequita de cera muy bonita y la quise mucho. Pero una vez se me olvidó recogerla y se quedó toda la mañana en la entrada de la casa. El calor la ablandó y tuve que tirarla.”

Me entristecí, sabiendo que si recordaba aquel evento era porque no había tenido muchas muñecas y que aquella debió de haber sido muy especial.

Con el paso de los años descubrí que aquella muñeca echada a perder, de sus penurias, había sido la menor.

Ella, como casi todas las abuelitas, era muy pobre de joven. Tuvo que trabajar desde muy chiquita y, por supuesto, no asistió a la escuela. Al menos no de modo regular. Conoció a mi abuelo cuando era muy joven. Se hicieron novios y un día la familia de él la invitó a cenar.

No la dejaron irse a su casa esa noche.

A los 16 años mi abuela se convirtió en la esposa de alguien.

Mi abuelo no era un buen marido. Mamá dice que se iba por mucho tiempo para luego regresar a casa, dejar a su mujer embarazada e irse nuevamente. Era mi abuela la que tenía que mantener la casa, a veces cocinando pasteles de boda, a veces lavando ropa ajena y a veces vistiendo Niños Dioses. No piensen mal de mi abuelo. Él era un hombre fascinante, creativo, inteligente y tan simpático y agradable que estoy segura de que debo de tener muchísimos medios tíos perdidos desde Tijuana hasta Ecatepec. Me hubiera gustado conocerlo antes de su trombosis. Los pocos años que lo conocí, no oí de él más que un débil ‘tss, tss’ que siseaba sobre su silla de ruedas mientras sonreía fascinado ante

su nieta más reciente. Estoy segura de que me hubiera conquistado con sus inventos sobre nuestros ancestros revolucionarios. Mis tíos siempre me han dicho que poco de lo que él decía era verdad. Como su hijo, debió de haber sido una pesadilla, pero como su nieta, debió de haber sido maravilloso.

Mi abuela tampoco fue una persona muy buena. Era irascible, de mano muy dura (que no dudaba en utilizar en sus hijos) y con los vicios que hay en todas las familias. Imagino que ella hizo muchas cosas de las que después se arrepintió. Es por eso que a mí me tocó una anciana redimida que trataba de hacer siempre lo mejor para su familia.

Creo que de las pocas cosas de las que aún le tiene rencor mi madre es que siempre prefirió a sus hijos varones. Éste es un rencor tonto, lo sabe. No tanto porque sea de algo que pasó hace muchos años sino porque ella misma hubiese pecado de lo mismo en su situación. Mi familia, casi repleta de mujeres, usualmente es bendecida con pocos hombres, consecuentemente, los pocos que nacen son tratados como pequeños dioses, futuros mesías que ayudarán a sus cansados padres en el futuro muy lejano.

Yo misma lo digo con rencor: los hombres de la familia son insoportablemente malcriados. Pocos de ellos demuestran tener verdadera ambición ya que al resto se les dio todo en bandeja de oro.

A sabiendas de que yo también pecaré de lo mismo, siempre he querido tener niñas y tiemblo ante la idea de que me nazcan varones.

El único hijo que tuvo mi abuela dentro de la seguridad de un hospital fue la mayor. El resto nació en su casa, con la ayuda de una partera bien conocida por todos los vecinos y con el colchón cubierto con periódicos para evitar que se echara a perder. No sé cuántos hijos tuvo. Sé que al menos perdió a unos gemelos. Los niños que sobrevivieron son los que conocí. Cinco niñas y tres niños.

Sus inicios fueron también muy humildes. Uno de mis tíos, el segundo varón, aún hoy no gusta del café porque, cuando no tenían dinero, tenían que conformarse con tortillas duras y tazas y tazas de café. Mi madre tiene una aversión similar al té.

-“Me hace sentir pobre.”

Me dice.

Sobre todo el de limón porque en el patio de una de las muchas casas en las que estuvieron (viajaban constantemente por el Estado de México hasta Baja California Norte), había un limonero, perfecto para preparar infusiones gratis para acompañar a las tortillas duras.

Con el paso de los años, la condición de la familia fue mejorando; algunos haciendo buenos matrimonios y otros trabajando arduamente en lo que les apasionaba. Algunos les dieron la espalda a mi abuela pero los que no, con los que tenía más contacto, trataban de ayudarla en todo lo posible. Siempre me llamó la atención que sólo los hombres le llamaran de usted.

Un día, mamá dijo que mi abuelita ya no viviría con nosotras. Yo no lo sabía en aquel entonces pero ella tuvo que irse porque nosotras no estábamos muy bien de dinero. Mi primaria era particular y bastante cara y a pesar de los esfuerzos de mi madre, siempre trabajando, una boca extra se hizo demasiado.

Yo no lo vi como algo terrible. Mi abuela vivía a veces en la casa de unos tíos y a veces en la casa de otros (todo mientras se acabara de construir su nueva casita, aún hoy, esa casa está incompleta). Sin embargo, ella siempre regresaba con nosotros.

Mi vida siguió como si nada. Muchas veces escuchaba de ella pero en realidad no recuerdo que ella nos visitara. A veces la veíamos a ella. Muy a veces.

No creo que esta situación durara mucho tiempo. Tal vez poco más de un año.

Me parece que estaba en tercero de primaria cuando ocurrió.

Después del colegio iba a una guardería. Mamá me recogía de ahí después de las cuatro de la tarde y me llevaba a casa.

Un día, uno de mis tíos pasó a recogerme a la guardería. Recuerdo que me puse muy feliz porque sabía que el verlo a él significaba el ver a mi prima (una que es tan sólo unos años menor y con la que más jugaba). Me subió al auto de mi madre e inició nuestro recorrido.

Yo le hablaba de tonterías y nunca se me ocurrió preguntar por qué me había ido a recoger él. Seguramente era un viernes y debí de imaginarme que habría una de las pocas reuniones familiares que aún había.

-“Yo no puedo cerrar el ojo izquierdo sin cerrar el ojo derecho. ¿Tú puedes?”

-“No. No puedo.”

No vi nada de raro en él.

Me asomé por la ventana y vi que estábamos en donde se daba esquina para llegar a mi casa. Seguimos de largo. No me cuestioné.

Después de muchos minutos de camino, llegamos a la casa de la suegra de mi tío. Ahí estaba mi prima. Mi tío nos dejó y yo me quedé jugando felizmente con mi prima y su hermano menor en aquella casa que ya alguna vez había visitado.

En un momento en el que estábamos en el patio dije algo así como:

-“Y no sé por qué me recogió mi tío...”

Ella alzó la mirada, con los ojos bien abiertos y luciendo sorprendida.

-“Se murió mi abuelita Pili.”- Me dijo.

Yo pestañeé un par de veces, me alcé de hombros y decidí seguir con el juego.

-“Ah, bueno.”- Comenté muy convencida. -“Ya estaba muy cansada.”

Probablemente no comprendí que eso significaba que no volvería a verla.

Pasamos la noche en esa casa. Yo sufrí pero no porque mi abuela hubiera muerto sino porque mi prima se movía muchísimo en la cama y porque había un bebé casi recién nacido llorando (aún hoy no sé de quién era) que no se calmó sino hasta muy entrada la mañana.

Al día siguiente llegó mi tío por nosotras, esta vez acompañado de su esposa y mi madre. Los tres iban vestidos de negro y lucían muy cansados. Yo los saludé con un efusivo abrazo.

-“¿Ya sabes lo que pasó?”- Preguntó mi tío con un tono que yo consideré muy tranquilo.

-“Sip.”- Asentí sin darle demasiada importancia.

Mi tío miró a mi prima con tono desaprobatorio.

-“¿Tú le dijiste?”- Una corta pausa. -“Ay, Cinthia.”

Aquel es el último recuerdo que tengo de ese día.

Por muchos años no lloré por mi abuela. Recuerdo que cuando me pasaba algo triste y me ponía a llorar, siempre me preguntaba cómo era posible que llorara por esas tonterías y no por mi abuela. Sin embargo, en algún momento de mi vida (no sé cuál), vertí mis primeras lágrimas por ella y aún hoy su recuerdo es el que me causa más emoción que todos los de mi vida.

No estuve mucho tiempo con ella pero es interesante el cómo ciertas personas pueden marcarlo a uno. Me hubiera gustado conocerla más o al menos tener el valor para preguntar sobre ella a los que le sobrevivieron.

No escribí estas palabras por miedo a que algún día se me borrarán aquellos recuerdos. Lo hice porque es de algo de lo que nunca he hablado y que creo que merece ser contado.

-“Lo que me pone triste.”- Me dijo muchas veces. -“Es que no voy a poder verte cuando seas una señorita.”

-“No te preocupes.”- No sé si se lo dije alguna vez en voz alta. -“Cuando sea grande voy a tomarme una foto y se la voy a pegar a un globo. Así va a salir volando hasta el cielo y vas a poder verme.”

Me hice aquella promesa y hace algunos años la cumplí, tal vez para tratar de reivindicarme del asunto del muñeco.

-“No hice lo que debí en aquel entonces pero he cambiado y ahora cumplo mis promesas. Además, aquel muñeco está bien cuidado. Es viejito, como tú y está roto, como tú, pero lo guardo entre mis brazos como tú lo hiciste conmigo.”

Cuidaré de él hasta que tenga hijos y alguno lo encuentre. Alzará su rostro y pondrá los ojos más bonitos que pueda.

-“¿Me lo regalas?”

Si es lo suficientemente pequeño e impresionable, me pedirá un juguete viejo y sucio a pesar de que tenga muchos otros mejores. Sé que lo hará porque es lo que yo hubiera hecho.

Yo asentiré y lo pondré en sus manos porque, a fin de cuentas, ella lo hubiera querido así. A fin de cuentas, ese muñeco no es mío.

Tan sólo me lo dejaron encargado.